



Ryūnosuke Akutagawa

Rashōmon

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

RASHŌMON

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

PUBLICADO: 1915

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
ORIGEN: GUTENBERG.ORG**

RASHOMON

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA

Era al anochecer de un cierto día. Un sirviente esperaba bajo la puerta de Rashomon a que dejara de llover. No había nadie más bajo la enorme puerta, salvo este hombre, excepto un grillo que se posaba en una de las grandes columnas, donde la pintura roja se había descascarado aquí y allá. Dado que Rashomon estaba situada en la avenida Suzaku, parecería lógico esperar que hubiera dos o tres personas más, como mujeres del mercado o monjes, esperando a que parara la lluvia, pero no había nadie más que este hombre.

La razón de esto es que en los últimos dos o tres años, Kyoto había sido azotada por desastres continuos como terremotos, tornados, incendios y hambrunas. Por lo tanto, el declive de la ciudad era significativo. Según los registros antiguos, se solían romper estatuas y objetos religiosos para vender la madera decorada con pan de oro o rojo en las calles como leña. Dado que ese era el estado de la ciudad, nadie se había molestado en reparar Rashomon. Esto permitió que la puerta abandonada se convirtiera en un refugio para zorros y ladrones. Incluso se había formado la costumbre de llevar cadáveres no reclamados a la puerta y abandonarlos allí. Así que cuando caía la noche, la gente evitaba acercarse a Rashomon porque les inquietaba.

En cambio, los cuervos se reunían en gran número. Durante el día, podía verse a muchos de ellos volando en círculos y graznando alrededor de los

altos shibi (adornos de techo). Especialmente cuando el cielo sobre la puerta se teñía de rojo al atardecer, los cuervos se veían claramente como si se esparcieran semillas de sésamo. Naturalmente, venían a picotear la carne de los cadáveres en la puerta. Aunque hoy, tal vez porque era tarde, no se veía ninguno. Solo se podían ver manchas blancas de excremento de cuervo en los escalones de piedra, parcialmente derruidos y cubiertos de hierba larga. El sirviente se sentó en el escalón más alto de los siete, apoyando su trasero contra una tela azul, mientras miraba distraídamente la lluvia y se preocupaba por un gran grano en su mejilla derecha.

El autor había escrito que el sirviente estaba esperando a que parara la lluvia. Sin embargo, incluso si dejara de llover, el sirviente no tenía ningún plan particular. Normalmente, debería haber regresado a casa de su maestro. Pero había sido despedido por su maestro hace cuatro o cinco días. Como mencioné anteriormente, la ciudad de Kyoto estaba en un declive notable en ese momento. Que el sirviente fuera despedido por su maestro, con quien había estado por muchos años, era un reflejo de este declive menor. Por lo tanto, sería más apropiado decir que el sirviente, atrapado en la lluvia, no tenía a dónde ir y estaba completamente perdido. Además, el clima de hoy había influido en el sentimentalismo del sirviente de la era Heian. La lluvia que había comenzado a caer desde el ocaso del mono aún no mostraba signos de cesar. Por lo tanto, el sirviente, sin saber qué hacer pero necesitando encontrar alguna forma de sobrevivir al día siguiente, seguía escuchando el sonido de la lluvia en la avenida Suzaku sin prestarle mucha atención.

La lluvia envolvía Rashomon, recogiendo su sonido desde lejos como un zumbido. El crepúsculo bajaba gradualmente el cielo, y mirando hacia arriba, el techo de la puerta sostenía una pesada nube oscura en su borde inclinado.

No había tiempo para ser selectivo si quería encontrar una manera de lidiar con una situación desesperada. Si fuera selectivo, terminaría muriendo de hambre en la tierra al lado del camino o debajo de la empalizada. Y sería llevado a esta puerta y abandonado como un perro. Si no fuera selectivo— los pensamientos del sirviente habían circulado por el mismo camino varias veces y finalmente llegaron a esta conclusión. Pero este "si" siempre había terminado siendo simplemente un "si". El sirviente, mientras afirmaba no ser selectivo, aún no había encontrado el coraje para comprometerse a convertirse en un ladrón como la única opción disponible.

El sirviente estornudó grandemente y luego se levantó con gran esfuerzo. Hacía tanto frío en Kyoto al atardecer que uno desearía tener una estufa. El viento soplaba sin restricciones entre las columnas de la puerta con el crepúsculo. El grillo que había estado en la columna de laca roja ya se había ido a otro lado.

El sirviente, encogiendo su cuello y levantando los hombros de su chaqueta azul sobre su camiseta de sudor amarilla, miró alrededor de la puerta. Estaba buscando un lugar donde pudiera pasar la noche sin ser visto ni molestado por la lluvia y el viento. Entonces, notó una escalera ancha pintada de rojo que llevaba a la torre sobre la puerta. Si había alguien allí, seguramente serían solo cadáveres. El sirviente, asegurándose de que la espada atada a su cintura no se soltara, puso su pie en el primer peldaño de la escalera con sus sandalias de paja.

Unos minutos más tarde, en el medio de la escalera ancha que llevaba a la torre de Rashomon, había un hombre agazapado como un gato, conteniendo la respiración y espiando hacia arriba. La luz de una antorcha arriba apenas iluminaba su mejilla derecha. Era una mejilla con un corto vello facial y un grano rojo e infectado. Desde el principio, el sirviente había asumido que los únicos otros seres en la parte superior eran cadáveres. Pero cuando subió dos o tres peldaños y miró hacia arriba, vio que alguien estaba manteniendo viva una llama y moviéndola de un lugar a otro. Esto era evidente porque la luz amarillenta y turbia se reflejaba, temblando en el techo cubierto de telarañas. En esta noche lluviosa, quienquiera que estuviera encendiendo fuego en Rashomon no podía ser una persona común.

El sirviente, moviéndose silenciosamente como un guardián del palacio, finalmente subió los empinados peldaños hasta el último escalón, arrastrándose. Luego, mientras mantenía su cuerpo lo más plano posible y estiraba el cuello tanto como podía hacia adelante, miró cautelosamente dentro de la torre.

Dentro, como había oído en los rumores, había varios cadáveres tirados descuidadamente. Debido a que el alcance de la luz del fuego era más estrecho de lo que esperaba, no podía decir cuántos había exactamente. Solo podía distinguir vagamente que había cadáveres desnudos y otros vestidos. Aparentemente, había tanto hombres como mujeres mezclados entre ellos. Y todos los cadáveres, que hacían difícil creer que alguna vez habían estado

vivos, estaban esparcidos por el suelo, algunos con la boca abierta y otros extendiendo sus manos. Las partes de sus cuerpos que estaban elevadas recibían débilmente la luz del fuego, haciendo que las sombras en las partes más bajas parecieran aún más oscuras, y permanecían eternamente silenciosas como mudos.

El sirviente, sin poder evitarlo, se tapó la nariz debido al olor a putrefacción de los cuerpos. Sin embargo, en el siguiente instante, había olvidado cubrirse la nariz. Una poderosa emoción había robado casi por completo su sentido del olfato.

En ese momento, los ojos del sirviente vieron por primera vez a una persona agachada entre los cadáveres. Era una anciana de baja estatura y delgada, con cabello blanco y vestida con una kimono de color piel de ciprés. Ella sostenía un trozo de madera de pino encendido en su mano derecha mientras miraba la cara de uno de los cadáveres, que probablemente era una mujer, a juzgar por el largo cabello.

Movido por seis partes de terror y cuatro partes de curiosidad, el sirviente se había olvidado incluso de respirar por un momento. Si uno tomara prestadas las palabras de un cronista antiguo, podría decirse que se le erizaba el pelo. Entonces, la anciana colocó el trozo de madera entre las tablas del suelo y luego, poniendo ambas manos en el cuello del cadáver que había estado observando, comenzó a arrancar el largo cabello, uno por uno, como una madre mono quitando piojos de su hijo. El cabello parecía salir fácilmente al tirar.

A medida que cada cabello se arrancaba, el terror en el corazón del sirviente se disipaba gradualmente. Y al mismo tiempo, un odio intenso hacia la anciana comenzó a surgir en él. No, decir que era hacia la anciana podría ser un error. Más bien, era un resentimiento creciente contra todo mal, aumentando en fuerza cada minuto. En este momento, si alguien hubiera presentado al sirviente la elección entre morir de hambre o convertirse en ladrón, que había estado considerando debajo de la puerta, probablemente habría elegido morir de hambre sin ninguna vacilación. Tan fuerte era su odio hacia el mal, ardía vigorosamente como el trozo de madera que la anciana había insertado en el suelo.

Por supuesto, el sirviente no sabía por qué la anciana estaba arrancando el cabello de los muertos. Por lo tanto, racionalmente, no sabía si clasificar

su acción como buena o mala. Sin embargo, para el sirviente, el simple acto de arrancar el cabello de los muertos en esta noche lluviosa en Rashomon ya era un mal imperdonable. Por supuesto, para entonces había olvidado por completo que hasta hace poco había estado considerando convertirse en ladrón.

Así que el sirviente, poniendo fuerza en sus piernas, saltó desde la escalera hacia arriba y, mientras agarraba la empuñadura de su espada, avanzó hacia la anciana con grandes zancadas. No hace falta decir que la anciana se sorprendió.

Ella, al ver al sirviente, saltó como si hubiera sido lanzada por una ballesta.

"¿A dónde crees que vas?", gritó el sirviente, bloqueando el camino por el que la anciana intentaba huir en pánico, tropezando con los cadáveres. Aún así, la anciana trató de empujarlo y escapar, pero el sirviente no la dejó ir y la empujó de vuelta. Los dos lucharon en silencio entre los cadáveres por un momento. Pero el resultado estaba claro desde el principio. El sirviente finalmente agarró el brazo de la anciana, tan delgado y huesudo como la pierna de un pollo, y la torció violentamente hacia abajo.

"¿Qué estabas haciendo? Dime, ¿qué estabas haciendo? Habla o esto es lo que obtendrás", dijo mientras soltaba a la anciana y, de repente, desenvainaba su espada, mostrando el acero blanco frente a sus ojos. Sin embargo, la anciana permanecía en silencio, temblando, respirando con dificultad sobre sus hombros y abriendo los ojos tanto que parecían salirse de sus órbitas, obstinadamente muda. Al ver esto, el sirviente se dio cuenta por primera vez claramente que la vida o la muerte de la anciana estaba completamente bajo su control. Y esta conciencia, de alguna manera, había enfriado el odio que hasta ahora ardía intensamente en él. Lo que quedaba era solo una tranquila satisfacción y orgullo por haber completado una tarea.

Entonces, el sirviente, mirando hacia abajo a la anciana, suavizó un poco su voz y dijo, "No soy un oficial de la Oficina de Inspección de Conducta. Solo soy un viajero que pasaba por debajo de esta puerta hace un momento. Así que no tengo intención de atarte y hacer algo contigo. Solo necesitas decirme qué estabas haciendo aquí arriba."

Entonces, la anciana, abriendo aún más sus ojos ya grandes, observó fijamente la cara del sirviente. Miró con ojos agudos como los de un ave de rapaña, rojos en los párpados, y movió los labios, casi fusionados con su nariz, como si masticara algo. Desde su delgada garganta, con la nuez de Adán moviéndose, se escuchaba un sonido como el graznido de un cuervo, jadeante, llegando a los oídos del sirviente.

"Estaba arrancando este cabello, el cabello de esta mujer, para hacer una peluca", dijo la anciana.

El sirviente se sintió decepcionado por una respuesta tan mundana. Y al mismo tiempo que se sentía decepcionado, el odio anterior, junto con un frío desdén, regresaba a su corazón. Esto, aparentemente, también se comunicó a la anciana. Ella, todavía sosteniendo el largo cabello que había arrancado de la cabeza del cadáver en una mano, balbuceó con una voz que sonaba como el croar de un sapo, "Quizás sea malo arrancar el cabello de los muertos. Pero la mayoría de estas personas probablemente merecían que les hicieran algo así. De hecho, la mujer a la que acabo de arrancar el cabello vendía serpientes cortadas en pedazos de cuatro pulgadas como si fueran pescado seco, diciendo que era bueno para prevenir enfermedades. Si no hubiera muerto de enfermedad, probablemente todavía estaría vendiéndolas. Además, su pescado seco tenía un buen sabor, según decían los samuráis que siempre lo compraban como condimento. No creo que lo que hizo esta mujer fuera malo. Lo hizo porque no tenía otra opción para evitar morir de hambre. Por lo tanto, tampoco creo que lo que estaba haciendo sea malo. También es algo que tengo que hacer para evitar morir de hambre. Y esta mujer, que entendía bien que no tenía otra opción, seguramente me perdonaría por hacerlo". Eso fue, más o menos, lo que la anciana había dicho.

El sirviente, enfundando su espada y sosteniendo el mango con su mano izquierda, escuchó fríamente esta historia. Por supuesto, mientras tanto, se preocupaba por el gran grano rojo en su mejilla derecha. Pero mientras escuchaba, una cierta valentía nacía en el corazón del sirviente. Era la valentía que había faltado en el hombre bajo la puerta hace un momento. Y también era una valentía que se movía en una dirección completamente opuesta a la valentía que había tenido cuando subió a esta torre y capturó a la anciana. No solo había dejado de debatir entre morir de hambre o convertirse en ladrón. En ese momento, la idea de morir de hambre estaba tan fuera de su conciencia que ni siquiera podía considerarla.

"Debe ser así", dijo el sirviente con una voz burlona después de que la anciana terminara de hablar. Luego, dando un paso adelante, retiró su mano del grano y, mientras agarraba el cuello de la anciana, dijo, "Entonces, no me culpes si te despojo. También tengo que hacerlo o moriré de hambre."

El sirviente rápidamente arrancó la kimono de piel de ciprés de la anciana. Luego, mientras la anciana trataba de aferrarse a sus piernas, la arrojó bruscamente sobre los cadáveres. Desde la boca de la escalera, solo había cinco pasos. El sirviente, sosteniendo la kimono arrancada al costado, rápidamente bajó la empinada escalera hacia la oscuridad de la noche.

Por un momento, la anciana, que había caído como muerta, se levantó de entre los cadáveres. Emitiendo un sonido murmurante y gemido, se arrastró hacia la boca de la escalera, apoyándose en la luz del fuego aún encendida, y luego miró hacia abajo desde la puerta. Afuera, solo había una noche profundamente oscura.

El sirviente ya había arriesgado la lluvia y se apresuraba a cometer robos en la ciudad de Kyoto.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB